

## EMBOSCADAS

---

### Carlos Sandoval

**KUNDERA, Milan:** *La ignorancia*. Barcelona (España), Tusquets Editores, 2000, 199 pp.

**C**omo los sueños, la memoria resulta una actividad caprichosa: fija sucesos inútiles, no los trascendentes: la uña de un tractor tirada al borde de un río, el cuello gastado en la camisa de un olvidado condiscípulo. Rememoramos fragmentos modificados por el tiempo, equívocos sobre los cuales ciframos, por inercia, la historia de nuestras vidas. Es común el caso de quien retorna a la casa de infancia para destruir el recuerdo: en su registro los corredores eran más amplios, los tres escalones un ascenso inexpugnable. Lo mismo sucede con las personas: ¿eran grandes las orejas, la nariz del primer amor?, ¿era eso amor? La última novela de Milan Kundera, *La ignorancia* (Barcelona-España, Tusquets Editores, 2000), dramatiza algunos de estos malentendidos. El primero: la nostalgia por el país natal.

El tópico del regreso acciona, pues, la obra: Irena y Josef se topan en la sala de espera del aeropuerto parisino antes de abordar el avión que los conducirá a Praga. Han decidido emprender el retorno impelidos por amigos o por el tibio cumplimiento de una promesa. Luego de veinte años de imposición comunista los rusos abandonan Checoslovaquia; se abren las fronteras a los expatriados, a la libertad, a los reproches contra quienes prefirieron el ostracismo y no el duro pan de la dictadura. Inconscientemente Josef e Irena atienden a un vago impulso: ése que el narrador se empeña en señalar cuando reconstruye las contingencias del ansioso guerrero que se fatiga por rever las playas de su isla griega. Sin embargo, el motivo literario nada dice a los protagonistas; enceguecidos, cumplen los pasos de un destino que se torna condena: Odiseo (y siglos después los

versos de Kavafis: «Y si la encuentras pobre, Ítaca no te ha engañado») lo sabe: el terruño es apenas un mediocre peñasco o la estrecha calle donde a nadie interesamos. Lo vital era el periplo: los veinte años del héroe en el mediterráneo, de Irena en París, de Josef en Dinamarca.

Pero regresan. Vuelven para descubrirse a sí mismos al toparse con el vacío de una ciudad a la cual ya no pertenecen, con un país cambiado en lo político y, sobre todo, en las escasas imágenes de sus recuerdos. Los amigos de antaño, los familiares (las caras ajadas, el cabello un poco gris) parecen detenidos en el tiempo: no preguntan por la ausencia, refieren pormenores de hace cuatro lustros como si se tratase de un par de semanas transcurridas.

También ellos han sido envueltos por la confusión: Irena se extravía al creer que Josef recuerda una mínima escena –tentativa de romance– ocurrida los años anteriores al exilio. He aquí otro equívoco: la seguridad puesta en la constancia del amor y del deseo. El trance amoroso no es más que un requisito ineludible, el cual se verifica entre el fin de la pubertad y la entrada en la madurez, en el lapso que uno de los personajes denomina «la edad de la ignorancia». De este modo, las relaciones de pareja evidencian un tedio ritual: el vacío matrimonio de Irena con Martin, su desplazamiento hacia Gustaf una vez muerto aquél; la absurda dependencia femenina de Gustaf; el aparatoso encuentro sexual de Irena y Josef. Habría que añadir la cómica pero no menos dolorosa pérdida de la oreja izquierda de Milada, como consecuencia de su fallido intento de suicidio al ser rechazada por un jovencísimo Josef: un acto que la obligó a mantenerse virgen como recurso para mantener oculta la falta del cartílago.

En cuanto a Josef, el amor para él funciona como tributo a su mujer fallecida, a los objetos y las cosas que desde la lejana Dinamarca continúan enviándole señales: un abeto frente a la puerta, el alféizar de una ventana custodiada por un florero y una lámpara; bajo el haz de ese cuadro mental se halla la vida, su visita a Praga es sólo una cancelación con el pasado y, antes que nada, una manera de alimentar uno más cercano: el de la tarde cuando prometió a su esposa darse una vuelta por el barrio de origen, luego de la caída de régimen soviético. Curiosamente, otro objeto, el burdo cenicero hurtado en la taberna la noche del flirteo, sostiene el recuerdo de Irene por Josef: un talismán que se revela inútil y anacrónico.

El recurrente ejercicio de la memoria ocasiona otra distorsionada apreciación: el sentido de la nacionalidad. Se supone que el *deber a la patria* abastece el imaginario de todo exiliado a la fuerza: hay que volver apenas las condiciones

mejoren para integrarse al trabajo reconstructivo; el imperativo solidario hacia los connacionales, la ética del territorio, las voces ctónicas, impulsan la buena fe de los *extrañados*. Ya en suelo natal terminan los efectos de saudade y las creencias: el verdadero país es el presente absoluto: la ventana danesa y el árbol de Josef, la vista de París desde el apartamento de Irena. Toda la sofistería del nacionalismo se reduce a esta falsa añoranza:

«Durante veinte años no había pensado en otra cosa que en regresar. Pero, una vez de vuelta, comprendió sorprendido que su vida, su centro, su tesoro, se encontraba fuera de Ítaca, en sus veinte años de andanzas por el mundo. Había perdido ese tesoro, y sólo contándolo hubiera podido reencontrarlo.» (p. 40)

La tragedia del expatriado consiste, entonces, en *ignorar* la trampa hacia la cual lo arroja, justamente, el desasosiego que le produce la *ignorancia* por no saber cuánto ha cambiado su país de nacimiento, qué será de los amigos y parientes, lo recordarán, aún lo estiman. Pero aquella ya no es *su* nación.

Si bien la anécdota de la pieza es simple: el encuentro casual de una pareja que, en apariencia, comparten un viejo capítulo amoroso el cual podrá al fin consumarse, Kundera introduce una serie de «reflexiones novelescas» (tal como las denomina en algún ensayo de su libro *Los testamentos traicionados*) en torno de ciertos temas: el sexo, la incomunicación, la soledad. El dictamen sobre éstos pendula entre el humor y la tristeza, mediados por el más luminoso de los rasgos de su prosa: la ironía. Aquí también, se sabe, campean los equívocos.

La cópula es novelada como una mecánica ejercitación de adultos, a ratos intensa, por lo general laxa, sin duda motivo de busca constante en virtud de este errático axioma: el camino hacia la felicidad comienza en el lecho amatorio.

Salvo las típicas palabras de esos encuentros, los amantes jamás se comunican, representan sordos papeles en un cascado escenario, en tanto fieles actores de una rutina. Pero la incomunicación salta de los cuartos hacia las calles, atiborra los bulliciosos restaurantes donde cada cual grita su mundo en una desesperada carrera contra el tiempo, contra el vecino que prefiere sorber la fría sopa bañada por sus recuerdos, antes que ceder a favor del otro. Las principales actividades humanas (el sexo, el uso de la lengua) se transforman así en obstáculos que atentan contra la condición de la especie, se vuelven marcas del extravío, cicatrices que la soledad cubre con nuevas huidas o con la neutra resignación.

A este espejo de confusiones, Kundera suma otro no menos aberrante: el comunismo, esa *tara* del siglo XX, enfermedad ideológica viral que, como el sarampión, deja huellas permanentes en aquellos que la sufren.

Como es su costumbre, el escritor checo despliega las tramas de los personajes entreverándolas con largos pasajes ensayísticos, los cuales anudan el universo simbólico creado por la novela con algunos fragmentos de esto que percibimos como *realidad*: la forzada emigración, la trashumancia, detalles históricos del último medio siglo, la música, pero, sobre todo, como ha escrito el poeta venezolano Luis Alberto Crespo, con la innegable certeza (nada imaginaria) de que «volver es ese lugar torcido donde ya no existo».